

Verbi gracia, Guillermo Cabrera Infante

Fernando IWASAKI

Escritor

RESUMEN

El artículo analiza el irreverente humor del escritor cubano como sustentador de la corriente paródica, humorística y crítica de la narrativa hispanoamericana. Se reivindica el humor personalísimo y novísimo de *Tres tristes tigres* en el momento de su publicación, sus virtudes trascendentes, más allá del mero juego verbal, que desencadenan una experimentación inusual de la prosa narrativa capaz de afectar a la misma estructura novelística. Esas cualidades de género inclasificable y novedoso acompañarán todos los títulos de la obra de Cabrera Infante.

Palabras clave: humor, juego verbal, estructuras narrativas

Guillermo Cabrera Infante, For Example

ABSTRACT

The article analyses Cuban writer Guillermo Cabrera Infante's irreverent humour as the basis for the parodic, humoristic and critical currents of Spanish American narrative. Attention is given to the very personal and innovative humour of *Tres tristes tigres* and to the outstanding virtues, beyond mere wordplay, which led the Cuban to an experimentation unusual in narrative prose but able to affect the very structure of the novel. The qualities of an unclassifiable and innovative genre can be found in all Cabrera Infante's works.

Key words: humour, wordplay, narrative structure

HAY AUTORES QUE a uno le conciernen sin haberlos elegido, como todos los que según el registro civil comparten con nosotros algo tan peregrino como la nacionalidad. Por supuesto, ello no impide que algunos paisanos sí se conviertan en referentes literarios que uno reconoce, admira y desea, como en mi caso ocurre con Mario Vargas Llosa, Julio Ramón Ribeyro y Alfredo Bryce Echenique. Sin embargo, el verdadero canon personal no tiene nada que ver con los atlas, las lenguas y los manuales de literatura, sino con la lectura, el placer y los sentimientos. Por eso quiero dejar muy claro desde estas primeras líneas, que Guillermo Cabrera Infante ha sido un autor esencial y decisivo en mis lecturas, en mi escritura y en mi propia vida.

Cabrera de lectura, Infante *delectatio*

En 1981 descubrí la obra de Guillermo Cabrera Infante, después de haber leído a Borges, Cortázar, Carpentier, García Márquez y –por supuesto– Ribeyro, Vargas

Llosa y Bryce Echenique. A comienzos de los 80 Lima no era el mejor lugar del mundo para comprar libros y empezar a crear una biblioteca personal, pues eran años de inflación y crisis económica, así que gracias a la biblioteca de mi universidad leí *Tres tristes tigres* (1967) y *La Habana para un infante difunto* (1979), como parte de la bibliografía urgente de la asignatura de Narrativa Latinoamericana Contemporánea, materia que cursaba por amor al arte, ya que en realidad era alumno de la especialidad de Historia.

Con todo, *Tres tristes tigres* me pareció un libro deslumbrante, constelado de un humor para mí inédito y escrito en una prosa que le daba la misma importancia tanto a las referencias literarias como a las musicales y tanto a la estructura narrativa como a los juegos verbales. Y además era una coctelera de todos los géneros narrativos posibles, comenzando por la novela y terminando en el relato, pasando por el teatro, la viñeta, el diario íntimo, la crónica, el discurso, la memoria y el monólogo, por no hablar de otras virtudes como el «elemento paródico» (¡qué memorable parodia la que Cabrera Infante le dedicó a Carpentier en aquel epígrafe titulado «El Ocaso»!) y la pirotecnia verbal que restallaba como fuegos artificiales por cada una de sus páginas.

Por otro lado, *La Habana para un infante difunto* se me antojó una obra maestra, una maravillosa celebración del amor y una conmovedora memoria sentimental a través de la noche, de la música y de las mujeres de La Habana, porque desde la publicación de este libro debería hablarse de la existencia de La Habana de Cabrera Infante («Habanidad de habanidades, todo es habanidad», Guillermo *dixit*). De manera deliberada he llamado «libro» a *La Habana para un infante difunto*, porque no precisa ni trama, ni estructura, ni argumento, como las novelas al uso. Así, la escritura de Cabrera Infante fluye torrencial y autosuficiente, fraguando juegos, ritos, significados y parodias.

Años más tarde y una vez instalado en Sevilla, comencé a adquirir, atesorar y leer nuevos libros de Guillermo Cabrera Infante. A saber, *Así en la paz como en la guerra* (1960), *Vista del amanecer en el trópico* (1974), *Mea Cuba* (1992), *Un oficio del siglo XX* (1963), *Holy Smoke* (1985), *Cine o sardina* (1997) y *O* (1975), leídos casi en el mismo orden en que los he enumerado, pues muchos estaban descatalogados o más bien aparecieron a fines de la década de los 90, como *Vidas para leerlas* (1998), *El libro de las ciudades* (1999) o *Todo está hecho con espejos* (1999). De hecho, el último de los títulos de Cabrera Infante que he leído fascinado y a destiempo ha sido el rarísimo *Exorcismos de esti(l)lo* (1976), libro delicioso que cifra y compendia la ambición «verbívora» del genial escritor cubano.

¿Habrá un placer más grande que releer a Cabrera Infante? Sin duda: leerlo por primera vez, desvelado y feliz.

***All write?*, preparen, apunten... ¡juego!**

Una de las virtudes que más valoro en la escritura de Guillermo Cabrera Infante es su ambición lúdica, su omnisciencia semántica y su asombrosa capacidad para jugar con los significados a través de las palabras. Cuando Saussure estableció que

en la lengua estaban las reglas y en el habla sólo las jugadas y las combinaciones posibles, no contaba con que la escritura de Cabrera Infante podía contener las dos cosas al mismo tiempo y viceversa (las reglas como juego y los juegos como regla), pues nada era fortuito y todo era deliberado en las narraciones de Guillermo.

No ignoro que para muchos lectores, críticos y escritores que incluso aprecio y admiro, los juegos no son propios del genio sino del ingenio. Sin embargo, no puedo estar más en desacuerdo con aquella opinión, pues cuando los juegos alcanzan niveles de elaboración que suponen la ejecución simultánea de múltiples referencias y combinaciones, el juego se convierte en una de las más poderosas expresiones de la inteligencia. Y si esto ocurre en el campo de las matemáticas, de la cibernética y de las ciencias exactas, ¿cómo no aceptarlo en los dominios de la lengua, el arte y la cultura, que no están reñidos con la exactitud? Guillermo Cabrera Infante jugaba con las palabras, las ideas y los significados, pero también con la tradición literaria, el conocimiento histórico y el pensamiento filosófico, por no hablar de los mundos que fundó gracias a sus juegos con el cine y la música. ¿Cuántos humanistas o escritores han sido capaces –como Cabrera Infante– de jugar con otras lenguas como si todas fueran la suya propia? Siempre he creído que dominar la lengua de uno es el primer requisito para poder expresarse con solvencia en otros idiomas, pero de Guillermo aprendí que si eres capaz de jugar en tu lengua, nada te impedirá seguir jugando en las demás si conoces las reglas del juego y aceptas los juegos como regla.

Quizás todavía sea muy pronto para admitirlo, pero estoy persuadido de que Cabrera Infante fue un adelantado de su tiempo y que dentro de unos años lo estudiaremos como el precursor de la literatura del siglo XXI, cuando desaparezcan las legañas ideológicas que impiden contemplar la genuina dimensión de su obra. Con todo, cada vez que los suplementos literarios de la prensa española celebran la aparición de un libro donde creen haber encontrado los últimos gritos de la modernidad –novelas *collage*, microescritura o cinenarrativa–, pienso que todo ello ya estaba en *Tres tristes tigres*. Siempre que algún crítico denuncia que ya no se corren riesgos formales en la novela contemporánea, me pregunto si habrá leído *La Habana para un infante difunto*. Todas las veces que alguien descubre mediterráneos posmodernos o simplemente «popmodernos», me acuerdo del fastuoso *O* y del gato Offenbach, del *Swinging London* y de la canción popular cubana como *limerick* tropical. Cada vez que alguien barrunta –en suma– que los laboratorios literarios de la lengua son los blogs y los SMS de los teléfonos móviles, desearía que se reeditara con urgencia esa maravilla titulada *Exorcismos de esti(l)lo*. ¿Pero de qué serviría poner tantos puntos sobre las íes, si los enemigos de Cabrera Infante han sido fidelizados por una suerte de castradura?

Todo cuanto he escrito está en deuda con la obra de Guillermo, pues siempre procuro que el humor perfume mis libros, también deseo disolver las fronteras entre los géneros narrativos y además aspiro a ser capaz de jugar en los niveles más exigentes posibles, aunque soy consciente de que nunca podré alcanzar el conocimiento y la naturalidad con que jugaba Cabrera Infante, porque él era nuestro Prometeo. O sea, el que le robó el juego a los dioses. Candela fina.

Cuba, ergo sum

Hay escritores que uno preferiría no haber conocido después de haberlos leído y escritores que una vez conocidos nos enriquecen y conmueven cada vez que regresamos a sus libros. Guillermo Cabrera Infante pertenecía al segundo linaje, pues nada fue igual para mí desde la primera vez que disfruté de la hospitalidad de Miriam y Guillermo, una helada tarde londinense de 1991.

«Yo veo el mundo a través de Cuba», me reveló desde una aromática nube de tabaco con fondo de maracas, porque su casa de Gloucester Road era un cachito de La Habana incrustado en Londres. Y así, entre los faxes que entraban y los cha-cha-chás de «La Orquesta Sensación» que salían *Suavecito*, descubrí sobrecogido el destiempo, la agonía y el desgarró que significaban para Guillermo la amputación de su Habana, el exilio de su olor, la abolición de su luz. ¿Cómo pudo escribir entre las grises gasas de Londres, ese diamante solar que es *La Habana para un infante difunto*? Ahora lo sé: la prosa de Guillermo, los decires de Miriam, los discos del «Cuarteto D'Aida», todo en Gloucester Road tenía cadencia de bolero, sabor a guaguancó, tumbao de guaracha. En realidad, el Infante difunto resucitaba con la música, echándole salcita a totiri mundachi mientras revivía las noches de La Habana, yénnyere cumae, las buenas noches de La Habana.

Al contrario de Odiseo, Guillermo Cabrera Infante nunca regresó a su isla. Cuarenta años sin Calipsos, Nausícaas y Circes, pero con demasiados pretendientes, infiernos y cíclopes. A Guillermo siempre se le atragantaron los cíclopes; es decir, quienes se empeñaban en descifrar la realidad con un solo ojo. Sin embargo, a diferencia de Odiseo Cabrera Infante se exilió con Penélope –su adorada Miriam Gómez– y juntos buscaron la luz de su Itaca por todo el mundo, hasta reconocer sus destellos en cualquier ciudad hermosa. No me resisto a glosar la bellísima y melancólica línea que cierra el prólogo de *El libro de las ciudades*: “Y es así que he buscado en otras ciudades el esplendor que fue La Habana”.

Nunca he conocido un escritor que haya perseverado en su vocación a pesar de tantas adversidades, porque aun viviendo lejos de Cuba reinventó La Habana, porque acosado por sus odiadores siempre escribió desde la alegría y porque rechazó ser un amargado para convertir su obra en una permanente declaración de humor. Al menos me queda el consuelo de saber que más de una vez alcancé a decirle cuánto lo quería y cuánto lo admiraba.

Espero que algún día no muy lejano, los escritores cubanos del futuro puedan disfrutar de la obra de Guillermo Cabrera Infante, un genio irreplicable que podría haber suscrito conmigo «Cuba, ergo sum». Es decir, «Cuba, luego existo».

Sevilla